

Al margen de la izquierda



Fernando Alonso

AL MARGEN
DE LA IZQUIERDA



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Febrero de 2013

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Fernando Alonso

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

ISBN
978-84-15313-44-1
DEPÓSITO LEGAL
NA. 80-2013

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia



LAS LUCES DEL ALBA ERAN AÚN TAN MANSAS que apenas hacían aparecer levemente de entre la sombra infinita de la noche la bruma que acariciaba el mar. El susurro del Cantábrico era ligero, parecía no más que un amoroso canto de despertar a un nuevo día de finales de octubre. De haber sido dos días más tarde, ya habría amanecido, por el cambio al horario de invierno. Entonces, desde el gran ventanal del ático de dos plantas se podría estar contemplando en toda su plenitud cómo se desperzaba el mar besado en la frente por la aurora. Pero esa mañana de viernes apenas comenzaba a amanecer, y Patxo Millán tuvo que encender la luz al ir a levantarse de la cama, porque el dormitorio estaba en completa oscuridad. Tan solo se veía la verde fosforescencia del reloj digital de la mesilla y el pilotito rojo de la televisión en «stand-by». Al incorporarse ligeramente para pulsar el interruptor, vio dos puntos luminosos encastrados en un horizonte de petróleo azulón. Eran las luces de sendos barcos que se dirigían hacia el puerto de Bilbo, hacia el este. Patxo Millán acostumbraba a retirar las cortinas de los ventanales del dormitorio al ir a acostarse porque le gustaba ver esa perspectiva infinita al despertar; le hacía

sentirse grande y poderoso, como si la inmensidad del cielo y el mar acudiera personalmente a darle a él los buenos días Ese pensamiento le resultaba estimulante.

Se levantó de la cama y fue directo a mirar el mar A su derecha comenzaban a verse tonos azulados más luminosos Pensó que iba a hacer un día extraordinario . El parte meteorológico había previsto el día anterior que el anticiclón aún se mantendría durante cerca de tres jornadas, lo que significaba que seguirían todo el fin de semana los cielos immaculados y las altas temperaturas, inusuales a esas alturas del año. Eso sí, anunciaban posibles lluvias en algún momento de la noche. Antes no acostumbraba a seguir la información del tiempo y le resultaban ajenos los avatares de las borrascas, los cambios de presión o las isobaras. Pero desde que se hiciera con una embarcación de recreo y se preparara para acceder a la titulación correspondiente para patronearla, se había familiarizado con ello y seguía los partes sobre el estado del mar . Lo hacía sobre todo cuando tenía previsto salir a navegar en su flamante yate de 13 metros de eslora. Nunca había hecho en él grandes singladuras, porque Patxo Millán tampoco era especialmente marino; lo que más le atraía era todo lo que rodeaba al mundillo de las embarcaciones de recreo, los clubs náuticos y demás ambientes «de nivel». Era más la parafernalia y la ostentación que el encanto del mar. Quizás por eso, al levantarse y colocarse en los ventanales frente al horizonte, su mirada no se asemejaba lo más mínimo a la limpia mirada de un marinero hacia su mar Un marino mira al mar con amor aunque sepa que en los caprichos de sus aguas le va la vida; él lo hacía con arrogancia especulativa. Carecía por completo de la gracia del mar.

Salió de la ducha desnudo y goteando, con la toalla alrededor del cuello, como los deportistas. Tenía 39 años y se le veía tonificado, y eso a pesar de una incipiente barriga que deslucía un poco el resto del conjunto Su presencia física resultaba suficientemente atractiva sin ropa alguna. A fin de cuentas , Patxo Millán todavía era joven, y aunque en ocasiones gozara en dema-

sía de los atractivos de la vida disoluta, se sabía cuidar y lo hacía con esmero. Cremas, tratamientos, masajes, spa... En todo ello se prodigaba sin reparar en medios ni en gastos.

Se secó minuciosamente mientras miraba su imagen en el gran espejo del vestidor anexo al dormitorio. De las barras de los armarios abiertos pendían algunos cientos de miles de pesetas en trajes de buen paño de primeras marcas internacionales. Quien no supiera que se encontraba en el interior de una vivienda particular podría pensar, sin lugar a dudas, que estaba en el *show-room* de una de las tiendas de élite de la zona comercial más distinguida de Bilbao. Y no era para menos, pues en el vestidor del dormitorio del ático dúplex de Patxo Millán se podían hallar las ropas de hombre y los complementos masculinos más exclusivos.

Aunque él no se preocupara ni de cerrar las cajoneras de frente vidriado que abría, todo se presentaba en primoroso estado de revista. Cada día, la señora Herminia se encargaba de dejar la vivienda en escrupuloso orden y limpieza. Patxo Millán se decía que su señora de la limpieza cobraba un generoso sueldo, y echaba la toalla húmeda en cualquier lugar del vestidor mientras elegía traje. Como se anunciaba un día casi veraniego, optó por uno de lana fría con camisa blanca, de Neil Barrett, y zapatos con cordones, de Hermenegildo Zegna. Rebuscó en la mesita de los relojes y tomó un Tag Heuer de esfera blanca. Se miró al espejo y se guiñó un ojo al verse impecable. Patxo Millán se gustaba. Aplicó en los laterales del cuello un ligero toque de Gucci. No le gustaban los aromas invasivos, por eso se perfumaba de manera incisiva pero discreta, como una saeta de fragancia a corta distancia.

Cuando bajó a la primera planta del dúplex, la luz del amanecer ya levantaba alguna sombra. En la parte alta de la vivienda estaba el gran salón con terraza y el dormitorio principal, con baño y vestidor. En la planta baja se distribuían dos dormitorios tipo *suíte* que compartían servicio completo desde un vestíbulo común de acceso a esa zona de habitaciones; estaba también

la cocina con *office* y anexo de lavandería y un amplio comedor, además de otro servicio de cortesía. Desde todas las estancias principales se veía el mar. En vertical, a los pies mismos a la izquierda, se abría el suave semicírculo de la playa. Más al oeste, el coqueto puerto; y sobre él, la iglesia y el faro.

Patxo Millán entró en la cocina y se sirvió un café solo que tomó en el mostrador del *office* mientras introducía algunos papeles en su maletín de cuero, por supuesto, no menos distinguido que su atuendo. Allá mismo dejó la taza vacía. Cerró el maletín y antes de dirigirse hacia la puerta de salida se echó otra mirada en el espejo del recibidor Correcto. Ofrecía la imagen debida, así que tecleó la clave en el panel de la alarma y abandonó su domicilio. El ascensor bajaba directamente hasta el aparcamiento subterráneo. Durante el trayecto no dejó de mirarse en el espejo. Se colocó bien el cuello de la camisa en relación al de la chaqueta. Llevaba el primer botón suelto y la corbata floja. La corbata, de tonos azules y grises, era de Prada. Comprobó el rasurado. La crema hidratante no le producía brillos; era perfecto. Ya en el aparcamiento avanzó hacia su plaza de garaje a paso decidido y sin apenas balancear el maletín. En esa zona no había cámaras, pero daba la impresión de que se moviera pensando en ellas.

Había plazas de garaje abiertas y cerradas. La suya era de estas últimas. Unos metros antes de llegar pulsó el mando a distancia y la apertura del portón fue como una reverencia hacia su persona. El habitáculo era amplio, con cabida para dos vehículos de buen porte y trastero separado con altillo. En el centro del espacioso garaje yacía un Audi *coupé*. Parecía un depredador en vigilante descanso. Abrió la puerta del conductor, echó el maletín sobre el otro asiento y se acomodó ante el volante. Cuando fue a poner en marcha el motor, sonó uno de sus teléfonos móviles. Tenía dos. El que sonaba era su móvil privado. Retiró la mano del arranque y la llevó al bolsito en el que lo guardaba. El otro teléfono iba dentro del maletín. El número que aparecía en pantalla era desconocido aunque rápi-

damente intuyó de quién podía tratarse. Suponiendo cuál era el asunto, desplazó la cubierta del teléfono para responder a la llamada.

—Buenos días, ¿a qué debo el honor? —dijo Patxo Millán en su tono más amable.

—...

—Sí, ya... pero...

—...

—Es que en una hora tengo un compromiso absolutamente inaplazable. Usted ya sabe que...

—...

—Bien. No, no; tiene razón, ya sé cómo andamos todos con los asuntos de los horarios.

—...

—Si es para tomar un café rápido, correcto. Pero ¿no podríamos retrasarlo para la tarde? Así tengo margen para dejar las cosas arregladas.

—...

—Sí, ya, le comprendo. No, no pasa nada. Sin problemas. Pero que sea aquí mismo para no perder tiempo. Ya le he dicho que tengo una cita a la que no puedo faltar bajo ningún concepto; usted ya me entiende...

—...

—Correcto. ¿Dice que está aquí cerquita? Estupendo. Bien.

—...

—Ah, perfecto; no tardo ni un minuto en llegar ahí. Ahora mismo salgo para allá.

—...

—Nos vemos inmediatamente. Buenos días.

Patxo Millán cerró el teléfono y miró la hora. Andaba justo de tiempo pero no podía negarse al encuentro con quien le había llamado; le iba demasiado en ello. Si se daba prisa y la conversación era según lo prometido, podría ir todo bien encajado en su nutrida agenda. Así pues, bajó del Audi dejando el maletín en el asiento del copiloto, y sobre la marcha hacia la

salida del aparcamiento pulsó el mando de la puerta automática de su garaje, que descendió también como una reverencia.

La cafetería en la que habían quedado estaba apenas dos calles más allá. Mientras caminaba por la acera no se cruzó con nadie. Al girar en una fachada de chaflán, vio al hombre con el que acababa de hablar por teléfono. Estaba recostado sobre el lateral de un vehículo de alta gama color berenjena. En cualquier otra circunstancia se habría interesado por ver de qué marca era el coche, pero no le dio tiempo porque inmediatamente se topó con la sonrisa inmaculada de su interlocutor. Intercambiaron diez segundos de conversación. Patxo Millán pasó al asiento trasero del vehículo.

* * *

—¿Alguien sabe dónde cojones se ha metido Patxo?

—No, le hemos llamado varias veces y no contesta.

—Que no venga a la reunión previa de grupo tiene un pase, porque lo de hoy es de absoluta rutina, pero sin el alcalde no se puede empezar el pleno, joder.

—No ha dejado recados, avisos ni nada. Si hubiera tenido prevista la ausencia, lo habría comunicado, como ha ocurrido otras veces. Patxo no acostumbra a hacer estas cosas.

—¿Alguien ha probado a llamarle a casa? Igual se ha quedado dormido.

—Sí, le hemos llamado al móvil y al fijo de Castro Urdiales. Nada.

—¿No habrá vuelto con Mariluz? Llamadle al teléfono de su exmujer, todo sea que se hayan reconciliado y se le haya ido la pinza.

—Ahora mismo le digo a su secretaria que pruebe ahí. Quizás sea eso, que está con su esposa.

—Con su ex.

—Bueno, con su ex, tú me entiendes. Si hubiera tenido un accidente, supongo que ya lo sabríamos.

—Venga, mirad a ver si le localizáis. Yo voy a hablar con el secretario municipal para explicarle lo que sucede. Por cierto, ¿a alguien se le ha ocurrido preguntar a su guardaespaldas?

—Él ha sido el primero que nos ha advertido de que Patxo no había llegado al Ayuntamiento. Ya sabes que renunció a la escolta para su vida privada y que únicamente va acompañando en determinadas ocasiones.

—Es algo que nunca he entendido. Cuando necesitas guardaespaldas es precisamente en tu vida privada, el resto del tiempo ya tienes de una u otra forma acompañantes de seguridad. Tienes a tu chófer, tienes a los *munipas*... En fin, que no entiendo esos caprichos de querer andar por libre con la que está cayendo. Luego pasa lo que pasa.

—No seas agorero.

—No soy para nada agorero. Tan solo digo que cuando más vulnerables somos para los terroristas es en el relax de nuestra vida particular; y si en esos momentos no estamos protegidos, lo de tener escolta asignada es como quien tiene tos y se rasca las pelotas.

—Vaya cómo eres. Voy a decir que llamen a su ex para ver si está con ella. Aún quedan quince minutos para el pleno, todavía puede llegar a tiempo. Igual se le ha averiado el coche y va sin baterías en los móviles. O cosas de esas de la cobertura, que aún no está muy extendida.

—Tú di lo que quieras, pero a mí esto no me huele bien. Patxo es un licenciado del copón, y mucho más desde que se separó de Mariluz y se fue a vivir a Castro en eso no tenemos la menor duda; pero de ahí a faltar al Ayuntamiento y no dar señales de vida, va mucho tramo. A sus responsabilidades nunca ha fallado. Esto de hoy no es normal. Voy a comentárselo al secretario.

—Seguiremos tratando de localizarlo, Joseba. Seguro que en cualquier momento llega.

Joseba Garmendia, primer teniente de alcalde por el Partido Socialista del Ayuntamiento de Sestao, se dirigió hacia el despacho del secretario municipal para ponerle al día de la situación. Lo cierto era que de bien poco podía informarle. Tan solo de que el alcalde, Patxo Millán, no había acudido a la reunión del Grupo Municipal y de que a diez minutos del comienzo del pleno nadie sabía nada de él.

El secretario se mostró incluso más inquieto que el edil Garmendia.

—Millán no lleva escolta en su vida privada pero tiene pistola, ¿no es así? —preguntó el secretario.

—Sí, así es. Tiene la misma que llevo yo y los otros alcaldes de la zona. Es un revólver Smith and Wesson del 38 Special que nos compramos todos juntos en Bilbao. Él sabe usarlo bien y acostumbra a acudir a galería de tiro con los muchos amigos que tiene en las Fuerzas de Seguridad del Estado.

—Sí, ya.

—Muchas veces ha querido llevarme a mí, pero admito que me dan un poco de repelús estas cosas. No sé si sería capaz de usarlo, y eso si acaso me dieran tiempo, pues contra una banda criminal nada puedes hacer con una pistola.

—Entonces, ¿por qué la adquirió y la lleva? —preguntó el secretario haciendo un gesto de extrañeza con las manos.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que será por esa especie de sensación de seguridad o de superioridad que te da el ir armado, aunque sepas que no te va servir para nada.

—Ya, claro.

—Fue idea de Santos Cortázar. Empezó a calentarnos la cabeza con que necesitábamos llevar un arma, que era absolutamente imprescindible para nuestra seguridad personal. Cuando aquello, aún no estaban generalizados los servicios de escolta. Así que hubo a quienes les comenzó a parecer buena idea que fuéramos por la vida en plan vaquero. Yo era bastante escéptico por lo que ya le he dicho y, además, veía que podía

ser un peligro en nuestras casas, porque algunos tenemos hijos pequeños y... nunca se sabe.

—Eso siempre es un peligro.

—Pero el personal se fue animando. Ya sabe, lo que empezó siendo una sugerencia acabó viéndose como una necesidad imperiosa. En una cena, Cortázar se presentó diciendo que tenía una oferta de la casa Smith and Wesson de Bilbao, Sabino Arana, que no podíamos rechazar. Rápido dijo Patxo que el asunto de las licencias estaba garantizado. Así que unos días después nos vimos en el restaurante del polideportivo, al fondo, ya sabe, en el comedor privado, repartiéndonos pistolas como en una película de mafiosos.

—La fascinación de las armas, ¿no?

—Pues sí, porque hay que reconocer que tenían un aspecto verdaderamente hermoso. Yo la llevé los primeros días en una funda muy cómoda para el cuerpo, que también nos vendieron. Pero luego pasé; y allá la tengo en casa, metida en la caja de caudales y sin haber pegado jamás un solo tiro con ella.

—¿Millán la lleva siempre?

—Sí, él es de los que no se separan de ella. Ya hemos tenido algunos problemas a cuenta de su maldita pistola. Por aún es Cortázar, que incluso le encañonó al del peaje de la autopista un día que le recriminó que se equivocara de cabina —hizo un gesto de reprobación con la cabeza.

—Ya lo leí en el periódico —constató el secretario con una medio sonrisa nada cómplice.

—Sí, aquello de Cortázar salió publicado. Ya podría contarle yo otras muchas que han tenido lugar y no han trascendido. En fin, esperemos que a Patxo no le haya sucedido nada, pero en estos tiempos que vivimos...

—Sí —el secretario miró el reloj—. Es la hora del pleno Habrá que bajar al salón y ver si el señor Millán ha llegado. Si no es así, habrá que retrasarlo para dar tiempo o suspenderlo. Doy por hecho que lo están buscando, ¿no?

—Sí, así es. Está Jon llamando también a su ex mujer por si acaso fuera que estuviera en su casa. Si cuando lleguemos al salón de plenos no está y Jon sigue sin localizarlo, se lo comunicaremos inmediatamente al jefe de la Policía Municipal para que lleve a cabo el protocolo establecido para estos casos. Yo desconozco cuál es; es la primera vez que nos falta alguien sin previo aviso.

Salieron del despacho del secretario municipal y bajaron las escaleras alfombradas hacia el salón de plenos. El movimiento por los pasillos de la Casa Consistorial era el habitual. Aún no se había extendido el comentario sobre la extraña ausencia del alcalde de Sestao. Al llegar al hall de entrada, vieron que algunos vecinos se dirigían hacia el salón para presenciar el pleno. Se cruzaron saludos.

Joseba Garmendia echó un vistazo para ver si estaba el alcalde. No le vio. En sus asientos había ya algunos concejales y otros conversaban entre ellos o con el público asistente. Faltaban varios ediles socialistas; estarían bajando del despacho. El teniente de alcalde miró al secretario como preguntándole qué debían hacer, si pasar al interior directamente o esperar un poco más. En ese momento llegó el concejal que había ido a realizar algunas llamadas telefónicas. Se detuvo ante ellos. En su rostro había una preocupación lacerante.

—¿Qué pasa, Jon? ¿No le encontramos? —preguntó Joseba Garmendia.

—Nada. Se lo ha tragado la tierra. Nadie sabe nada de él. Su escolta está haciendo ya varias gestiones porque, en su opinión, podemos estar ante algo verdaderamente grave. Algunos concejales andan preguntando qué pasa.

—Aquí están los periodistas que siguen los plenos. En cualquier momento van a empezar a hacer preguntas y no tenemos respuestas —dijo Garmendia. Miraba a todos los lados, inquieto. No sabía qué hacer.

—Bueno, vamos a ir por partes —intervino el secretario—. Antes de que esto se nos escape, vamos a seguir los pasos habi-

tuales. Primero, retrasamos el pleno una hora para ver si ustedes recaban algo más de información; si no es así, suspendemos el pleno ante la ausencia del alcalde. Tienen una hora para indagar y preparar respuestas. ¿Correcto? –ambos asintieron–. Pues pasemos al interior, que es hora de comenzar.

El salón de plenos del Ayuntamiento de Sestao era una estancia no excesivamente amplia. De hecho, estaban pensando ya en otras instalaciones municipales para ampliar dependencias de los grupos y poder disponer de un salón más grande y cómodo y con capacidad para más público asistente. El actual salón de plenos era una habitación rectangular con su mitad ligeramente elevada en tarima. En esa zona, en el frente se ubicaba la presidencia y a ambos lados longitudinales los pupitres de los concejales ordenados por grupos municipales. La otra mitad del salón estaba habilitada para público; apenas medio centenar de vecinos podían seguir la sesión desde allá.

El pleno se pospuso durante una hora por un problema de Alcaldía, que fue la motivación oficial para el retraso. Durante ese tiempo, la Policía Municipal puso en marcha, con discreción, el protocolo establecido por la Junta de Seguridad, y siguió tratando de localizarle en teléfonos de familiares y amigos. También se activó el procedimiento en coordinación de accidentes, hospitales y centros de salud. El operativo se extendió a otras provincias.

Los periodistas de información local no tardaron en darse cuenta de que algo raro estaba sucediendo en el Ayuntamiento. Ellos no estarían diestros en asuntos de alta política, pero sabían detectar mejor que nadie cuando algo no habitual tenía lugar en su área local. Por la simple observación de algunos rostros y los movimientos que había en los pasillos de la Casa Consistorial, dedujeron que el retraso del pleno no se debía a ninguna circunstancia banal, sino que verdaderamente estaba ocurriendo algo grave. Nadie les decía nada. A decir verdad, eran muy pocos los concejales que conocían el auténtico motivo del retraso del pleno. La intuición periodística hizo que lla-

maran a sus redacciones para dar cuenta del receso del pleno algo que en otras circunstancias no hubieran hecho, y, de paso, preguntar si tenían noticia de que en otros ámbitos hubiera sucedido algo. El interés de los plumillas despertó la atención de sus medios, que inmediatamente se pusieron a averiguar qué de extraño podía estar ocurriendo en el Ayuntamiento de Sestao y dónde estaba su alcalde, al que nadie había visto aún. Los dos fotógrafos de prensa que había en el salón de plenos salieron al exterior suponiendo que de suceder algo la noticia estaría afuera. Así pues, fue la suspicacia de los cronistas municipales lo que hizo saltar la alarma informativa. Cuando una hora después se reanudó la sesión y se suspendió definitivamente el pleno, eran ya numerosos los periodistas presentes, algunos de ellos primeras firmas, así como fotógrafos y cámaras de televisión.

La noticia de la extraña desaparición del alcalde era ya una bola de nieve que se precipitaba ladera abajo sin control.

En el mismo salón de plenos Joseba Garmendia se vio obligado a ofrecer una rueda de prensa improvisada. Fue la comparecencia más breve y ante más medios que nunca antes había ofrecido el primer teniente de alcalde. Con la mirada compungida y vidriosa, sin fijar la vista en nadie, se limitó a confirmar ante los periodistas que no sabían nada sobre el paradero del alcalde Patxo Millán, que había desaparecido. Y estallaron las preguntas, todas ellas con la hipótesis del secuestro como denominador común. Garmendia se sintió fusilado por las voces, los focos de las cámaras, los flashes de las fotos. Desde que a la mañana Patxo Millán no llegara al Ayuntamiento ni diera señales de vida, la posibilidad de un secuestro le había perseguido. A lo largo de la mañana había gastado todas sus energías en huir de esa idea, abrazándose a cualquier otra para poder tomar aire. Al escuchar la palabra *secuestro* de tantas voces hambrientas de información, sintió que se venía abajo, y antes de que eso ocurriera en público y televisado, dio por concluida la rueda de prensa diciendo que no sabían más que

ya se había comunicado el hecho por los cauces establecidos y que ya serían debidamente informados en su momento. Tras ello se levantó y avanzó entre los periodistas en dirección a la Alcaldía. No pronunció palabra a pesar de todas las preguntas que le siguieron haciendo a su paso.

En el despacho del alcalde, Joseba Garmendia se desplomó sobre la butaca, clavó los codos sobre la imponente mesa del primer edil, y trató de poner en orden sus pensamientos, que se mezclaban desbocados junto a los sentimientos.

El jefe de la Policía Municipal le había informado de que habían tomado contacto con sus homólogos de Castro para que se desplazaran al domicilio de Patxo Millán por si se encontrara en el interior. No respondía a las llamadas, pero de momento, y sin la autorización del juez, no podían derribar la puerta. Esperaban recibir pronto esa autorización. Por otro lado, a través de una rendija de la puerta de su garaje, habían comprobado que el coche del alcalde estaba en su interior. No detectaron presencia de gases. Por las preguntas que realizaron en los alrededores de la urbanización, nadie le había visto aquella mañana. Para visionar las cámaras de acceso al garaje también era imprescindible mandato judicial. Así pues aunque se había puesto en marcha toda la maquinaria e incluso las Fuerzas de Seguridad del Estado habían instalado ya controles de carretera, por el momento, no cabía más que esperar a que se cumplimentara el correspondiente protocolo judicial.

Se levantó de la mesa y dio varias vueltas sin rumbo por el amplio despacho. No podía controlar la incertidumbre sobre si Millán estaría en el interior de su ático. Podía ser que se hubiera sentido indispuerto, tomara algo y estuviera dormido ajeno por completo al revuelo que se estaba montando. También podría haber sufrido un ataque al corazón. Sí, pensaba, quizás un infarto y estaría tirado en el suelo, inconsciente. O tal vez un derrame cerebral y requiriera, en cualquiera de los casos, de una atención inmediata. Eso era lo que le estaba ocurriendo a Patxo Millán: no era un secuestro, era una indispu-

sición que precisaba atención urgente. No había tiempo que perder. Se debía reaccionar con rapidez; era asunto de vida o muerte. Tenía que telefonar a su compañera en el Ayuntamiento de Barakaldo, Carmen Arregi, e informarle de todo. Ella sabría cómo actuar, era una mujer de recursos y muy resolutiva. Del grupo de regidores socialistas de la zona que actuaban juntos, ella y el propio Patxo Millán eran quienes marcaban la pauta y dirigían los negocios. Debía contactar con ella inmediatamente. Volvió a sentarse.

Miró el reloj. Aún no eran ni las once y media de la mañana, por lo que dio por hecho que Carmen Arregi estaría todavía en el pleno municipal de Barakaldo. Supuso que desconocía lo que estaba sucediendo en Sestao, pues de lo contrario habría sido ella misma quien hubiera telefonado inmediatamente para preguntar qué pasaba. Al no haber sido así, entendía que la noticia no había llegado aún al pleno de Barakaldo. Tal vez tenían la sesión a puerta cerrada, porque había un par de temas conflictivos en su orden del día. Así que, para no interferir en la sesión, habló con ella los segundos justos para pedir que le llamara con urgencia. Comenzaba a sentir el nerviosismo como un lienzo adherido a su cara que le dificultaba la respiración. Le faltaba oxígeno. Pero no quería asomarse al balcón para tomar aire fresco porque sabía que a sus pies, en la escalinata de acceso al edificio de la Casa Consistorial, habría decenas de pares de ojos que le acribillarían a preguntas. Desde el despacho podía escuchar perfectamente el murmullo de vecinos y periodistas que se iban reuniendo junto al Ayuntamiento; era el sonido de una riada, y él se veía a sí mismo tratando de detenerla con sus manos. Se ahogaba. El creciente ruido de la calle llevaba hasta sus oídos la palabra aterradora para él: *secuestro*.

Joseba Garmendia sintió que no estaba preparado para semejantes avatares. En realidad, él era un simple concejal de pueblo, por mucho que su actividad política municipalista le hubiera proporcionado un nivel de vida que jamás habría ima-

ginado cuando aceptó ir segundo en la lista del PSOE. Esa era su segunda legislatura, y conocía al detalle toda la trama del municipio, la pública y la oculta; por algo era la mano derecha del alcalde Patxo Millán, su hombre de absoluta confianza. Pero una cosa era mover hilos, aunque fuera bajo la mesa, y otra muy diferente enfrentarse a la circunstancia de un secuestro que podría acabar de forma trágica.

La angustia lo inmovilizaba y no podía ni levantarse del sillón. Miró el reloj. Habían pasado cinco minutos. Debía volver a llamar a Carmen Arregi. Estaban siendo los cinco minutos más acongojantes de su vida. Edó una mirada al techo clamando que no tuviera que pasar en toda su vida ni un segundo más en ese estado.

Justo cuando iba a marcar, sonó el teléfono.

—¿Qué pasa, Joseba? He tenido que salir al servicio no me jodas. Espero que sea importante lo que tienes que decirme, porque tenemos un follón de la leche en el pleno. No puedo estar abandonando la sala por cualquier chorrada. Estamos a puerta cerrada.

—Ya veo que no sabes nada de lo de Patxo.

—¿De Patxo? ¿Qué le ha pasado a Patxo? —preguntó la teniente de alcalde de Barakaldo en un tono de alarma contenida.

—No se ha presentado en el Ayuntamiento y no sabemos dónde está. Esto se ha plagado ya de periodistas que dicen que lo han secuestrado —la voz de Garmendia sonaba trémula, parecía que fuera a comenzar a llorar.

—Vamos a ver, no nos pongamos nerviosos ni dramáticos —Carmen Arregi se percató de la congoja de su compañero de partido y trató de calmarle porque le dio la sensación de que iba a venirse abajo—. Me dices que no le localizáis correcto. ¿Es eso todo o hay algo más?

—No, Carmen, lo único es que no ha venido al pleno y que no damos con él.

—¿Habéis probado en su casa de Marbella?

—Sí. Allá no está.

—¿Y eso del secuestro?

—¿Hay algo que no me has contado?

—No, qué va. Lo del secuestro es... bueno, ya sabes...

—Sí, ya sé, pero eso no quiere decir que sea el caso de Patxo. Supongo que se ha activado ya todo el dispositivo establecido, ¿es así?

—Así es, Carmen. Y por eso te llamo con esta urgencia. Pudiera ser que le hubiera pasado algo en casa y que por eso no contesta al teléfono ni abre la puerta.

—Está ya de continuo viviendo en Castro, ¿no?

—Sí, como no se arreglaba con Mariluz, hace un par de meses o algo más que se estableció definitivamente allá.

—Algo ya me contó de ese traslado, pero de sus historias con Mariluz y con sus otras amigas le dije que no quería saber nada. No anda muy centrado últimamente.

—Hasta que el juez no cumplimente algunos trámites la Policía no puede irrumpir en su casa ni en el garaje. Al barco ya le han echado un vistazo, y dicen que, a no ser que estuviera en algún rincón recóndito de la embarcación, allá no está. El coche no lo ha tocado. Seguro que tú sabes cómo poder entrar en su casa inmediatamente y adelantamos al juez, tu ático está ahí mismo. Si tuviéramos unas llaves...

—Sí, eso lo hacemos volando. ¿Por qué hostias no me has llamado antes?

—No sé, Carmen, todo está yendo demasiado rápido...

—Los pisos que tenemos en esa urbanización los limpia todos la misma señora. Ella tiene las llaves.

—Eso es perfecto —exclamó Garmendia. Por primera vez su voz tenía cierta luminosidad. Incluso se levantó del sillón y echó a caminar por el despacho.

—Tengo los números de teléfono. Tú no te preocupes de nada, Joseba. Inmediatamente le llamo a ella para que vaya al ático de Patxo; y lo hago también a los *munipas* de Castro, para que se presenten allá o vayan a buscarla si está lejos. Ellos avi-

sarán a la Policía, aunque según el protocolo de seguridad ya estarán avisados.

—Y yo, ¿qué hago? —preguntó Garmendia, desorientado.

—¿Dónde está Antonio?

—Ayer a la tarde salió de viaje a Holanda. Va en representación del Consorcio de Aguas, y no volverá hasta el jueves.

—Vale. Tú sigue ahí. Mientras no regrese Patxo, tú eres el alcalde, así que actúa como tal. Organiza la información que te vayan suministrando y ni se te ocurra hablar con periodistas. ¿Entendido?

—Sí.

—Mientras no haya nada claro, nos ubiquemos bien en la situación y definamos una estrategia informativa, mantén la boca cerrada. Primero hay que tener todas las piezas sobre la mesa antes de dar cualquier paso.

—¿Y si lo han secuestrado los terroristas?

Garmendia estaba de nuevo a punto de llorar. El contraste entre la resolución de Arregi y su estado de bloqueo le devolvió a la angustia.

—Ahora no te vengas abajo, joder; por el amor de Dios, Joseba. Si andan especulando con el tema del secuestro y a ti te ven tirado, ya les has dado el titular. Mantén un buen estado de ánimo hasta que sepamos algo.

—Lo intento, pero...

—Ni peros ni nada, joder. Vamos a ver, Joseba, escucha. Lo más probable es que a Patxo le haya ocurrido algo en casa. Ahora colgamos para que yo le llame a Herminia, entran en su casa, y asunto resuelto. Además, estamos perdiendo el tiempo hablando tanto por teléfono, hostias. Si le ha pasado algo necesitará asistencia urgente, así que cuelga y espera mi llamada. ¿De acuerdo?

—Sí, Carmen.

* * *

El teléfono sonó en el apartamento del alcalde de Portugalete, situado en otro frente de la misma urbanización junto al mar.

La señora Herminia respondió a la llamada.

No hacía falta que la fueran a buscar los municipales porque se encontraba a no más de cien metros de la vivienda de Patxo Millán. La mujer dejó inmediatamente su labor allá y salió lo más rápido que pudo. Cuando llegó, junto a la puerta del dúplex estaba el jefe de la Guardia Municipal de Castro con dos agentes, además de una pareja de inspectores de la Policía y un equipo médico de urgencias. Junto al portal había aparcada una UVI móvil. La señora Herminia subió en el ascensor aterrada y con las llaves del piso quemándole las manos.

—Buenos días, señora Herminia. ¿Ha traído usted las llaves? —preguntó con premura pero muy amablemente el jefe de los municipales.

—Sí, ahora mismo les abro.

Introdujo la llave en la cerradura y dio tres vueltas al cierre de seguridad.

—Espere aquí —dijo uno de los inspectores al ver que la mujer iba a pasar al interior.

—Perdone —interrumpió la señora Herminia—, pero tengo que pasar a teclear la clave para que no suene la alarma.

El jefe de la Policía Municipal dejó franca la entrada a la mujer de la limpieza. Dio un par de pasos en el recibidor y desactivó la alarma. Luego miró a los policías.

—Ya está —dijo—. Ya pueden pasar. ¿Creen ustedes que le ha pasado algo al señor Millán?

—Luego hablamos, Herminia —cortó la pregunta el jefe de los municipales con una mirada cortés—. Ahora quédese aquí mientras entramos. Espere en el descansillo con los facultativos.

Los guardias municipales y la pareja de inspectores pasaron al interior del ático diciendo en alto el nombre del alcalde. «Señor Millán, ¿está usted ahí? ¿Está usted bien?», preguntaban mientras iban de estancia en estancia del dúplex. Al salir de las habitaciones se cruzaban miradas entre ellos.

Patxo Millán no estaba en su domicilio de Castro Urdiales
—No hay ni rastro –dijo uno de los inspectores , bajando las escaleras voladas que unían ambas plantas.

—Vamos a mirar en el garaje y damos tiempo a que llegue el juez. Me acaban de comunicar que está de camino.

—Perfecto.

La comitiva policial, equipo médico incluido, bajó al aparcamiento subterráneo de la urbanización. La señora Herminia les dirigió hacia la plaza de garaje del alcalde y, nada más llegar, y sin esperar a que le dijeran nada, accionó una pequeña llave que hizo que se levantara el portón. Ella no disponía de mando a distancia. Con un gesto le pidieron que se quedara nuevamente afuera, y los policías pasaron al interior. El vehículo estaba intacto y sobre el asiento del copiloto descansaba el maletín municipal. Patxo Millán tampoco estaba allí. Los agentes se limitaron, al igual que hicieron en la vivienda, a una simple inspección ocular sin tocar nada. Deberían esperar al juez para iniciar debidamente el procedimiento; lo que estaban llevando a cabo era no más que una actuación de contingencia.

El doctor responsable del equipo médico de urgencia se dirigió al grupo.

—Nosotros ya no tenemos nada que hacer aquí. Vólvemos a nuestro lugar. Si nos necesitan nuevamente, ya conoce el número de contacto –dijo al jefe de los municipales–. Recemos porque todo esto quede en nada y ha ya sido un lamentable mal entendido.

—Confiamos en que así sea –pronunció el aludido , concluyendo sus palabras con un suspiro que sonó a muy poco esperanzador. Se dieron la mano.

—Usted no se vaya, señora Herminia –interrumpió uno de los inspectores al observar que la mujer parecía ir a salir con los sanitarios.

—¿Debo quedarme? –preguntó entre extrañada y complacida por poder seguir siendo útil a los policías.

—Sí, por favor –respondió el inspector–. El juez está a punto de llegar y nos interesa que nos acompañe durante el registro porque nadie mejor que usted puede detectar si ha y algo extraño o no habitual en la vivienda.

Ella sonrió.

—Estoy a lo que ustedes quieran. Yo limpio las casas de las personas como el señor Millán, que solo las usan de vez en cuando. Así que no tengo que cumplir con horarios.

Cogieron el ascensor para subir al ático.

—¿Dice que los propietarios de las casas que limpia no viven aquí? –preguntó un inspector.

Antes de que la mujer respondiera, lo hizo el jefe de la Policía Municipal.

—Son segundas viviendas de cargos públicos vascos.

—¿Qué pasa, viven todos juntos? –preguntó el otro inspector.

—No, no es eso. Pero ya sabéis, todas estas urbanizaciones son en su mayoría de promotores vascos, que a su vez tienen relaciones con otras empresas que a su vez...

—En definitiva –interrumpió un inspector–, que estas personalidades vascas viven aquí de lujo por la cara.

El municipal no dijo nada.

La señora Herminia miraba al techo y al suelo del ascensor indistintamente, haciendo el paripé de que no escuchaba o de que no entendía la conversación. «¡Si ella hablara...!», pensaba. De promotoras, empresas cruzadas y de cómo podía haberse construido en lugares como en el que se alzaba esa urbanización, desde luego que no entendía. Pero limpiando las casas de esas personas había visto mucho, sobre todo una disponibilidad de medios materiales y económicos que excedía mucho de lo que ella a través de su sentido común entendía como razonable. No conocía mucho mundo, Madrid era la ciudad más grande que había visto, además de unas vacaciones con su difunto esposo en Benidorm. Aun así, veía mucho la televisión y siempre trabajaba con la radio puesta, lo que le aportaba un cierto criterio

sobre niveles de vida y acerca de las incestuosas relaciones entre política y economía. Quizás fueran conocimientos muy pedrestres, pero tenía una idea clara sobre lo que veía, aunque fuera incapaz de expresarlo con palabras. Así que escuchaba la conversación del ascensor fingiendo lejanía. Y callaba.

Apenas tuvieron que esperar unos minutos la llegada del juez. Tendría poco más de cuarenta años, vestía un traje gris marengo y presentaba un aspecto estirado que parecía hacer más notorio el abultado abdomen. Los agentes le presentaron a la señora Herminia y solicitaron que les acompañara durante el registro. Accedió a ello calificando el testimonio de la mujer de la limpieza como imprescindible a la hora de revisar la vivienda. Ella esbozó una tímida sonrisa. Uno de los inspectores entregó a Herminia un juego de guantes de látex, a pesar de que, evidentemente, la casa estaría llena de sus huellas. Le pidió que se los pusiera y le dijo que podía tocar todo lo que considerara oportuno. Junto a la comitiva también entró al dúplex un fotógrafo de la Judicial, así como el secretario que acompañaba al juez.

Habitación por habitación, la señora Herminia fue conduciendo al grupo haciendo comentarios de lo que creía o respondiendo a las preguntas del juez. Advirtió que no era para nada extraño que la taza de café estuviera como arrojada con desdén sobre el mostrador del *office* de la cocina.

—El señor Millán es así, va dejando las cosas como caen —dijo la mujer—. Ya han visto ustedes cómo estaba el baño o la cama. La toalla de la ducha estaba tirada en el vestidor. No hay nada raro. Es lo normal en él.

—Así que usted no pensaría que el señor Millán abandonó esta mañana su domicilio apresuradamente, o que regresara con posterioridad o que ocurriera algo en el interior —precisó el juez—. Me refiero a que no observa nada fuera de lugar, forzado o roto. Ya me entiende.

—No, todo está como de costumbre —respondió ella con absoluto convencimiento—. Desde que está viviendo aquí, vengo todos los días a limpiar y lo encuentro igual.

—Esa misma percepción tiene del garaje que, según me han informado, usted también limpia...

—Sí, una vez a la semana hago el graje. Eso me lleva poquito.

—Correcto —dijo el juez—. Así que podemos colegir que todo está en su estado habitual.

—Podemos, ¿qué? —preguntó la mujer, que no perdía detalle de cada movimiento o palabra del juez.

—Podemos llegar a la conclusión de que todo está en orden —matizó—. ¿Es así?

—Sí, señor, todo está en su sitio.

—Correcto. Ahora el secretario la entretendrá unos minutos para concluir la diligencia y rápidamente puede usted regresar a sus rutinas laborales. Le agradecemos encarecidamente su colaboración. Gracias, señora Herminia.

La mujer se sentía un tanto cohibida ante el juez y sus serios protocolos. Para despedirse de él, hizo una cómica reverencia que cosechó la sonrisa de los presentes. Ella no reparó en ello porque estaba fascinada ante el porte y los modos del magistrado. Se lo imaginó presidiendo un tribunal como los de las películas de televisión, con su toga y las blancas puñetas de encajes inmaculados. La imagen le produjo una extraña atracción erótica que no recordaba cuándo había sentido por última vez.

Los agentes hablaron unos minutos con el juez en un corrillo, en el recibidor mismo de la entrada al ático. Cerraron la puerta, colocaron el precinto y estamparon los sellos. Seguidamente se despidieron. El juez y el secretario judicial tomaron el primer ascensor.

* * *

Concluido el pleno a puerta cerrada del Ayuntamiento de Barakaldo y justo antes de que fuera a levantarse la sesión, la primera teniente de alcalde, Carmen Arregi, pidió a todos los pre-

sentes que permanecieran en sus asientos, ya que debía informarles de algo importante. El alcalde, Santos Cortázar, hizo un gesto de sorpresa. Los ediles se miraron entre ellos, extrañados. Uno del Partido Popular preguntó qué pasaba. Carmen Arregi les adelantó que quería ser ella quien les diera la noticia antes de que se enteraran nada más abrir la puerta. También dijo que primero tenía que hacer una llamada y les rogó que la disculparan un minuto. El desconcierto aumentó entre los concejales. Arregi se separó ligeramente de la mesa y habló ni tan siquiera un par de minutos por teléfono. Todas las miradas estaban colocadas en ella, eran tan compactas que sentía su descomunal peso sobre los hombros.

Dejó el teléfono móvil sobre la mesa de la presidencia del pleno.

—Perdonad, pero tenía que saber si había alguna novedad —dijo para empezar. Su rostro estaba tan desencajado que quienes la observaban intuyeron una noticia trágica—. Cuando a mitad del pleno he salido al servicio, ha sido para hacer una llamada urgente. Me han informado de que Patxo Millán no había llegado al Ayuntamiento de Sestao. La cuestión es que ha desaparecido. Puede ser que le hayan secuestrado.

Algunos concejales se levantaron como resortes de sus asientos, otros se llevaban las manos a la cabeza, alguno agachó el rostro sobre la mesa sollozando; incluso hubo quien se echó a llorar como si se le hubiera soltado algún dispositivo. Las palabras de Carmen extendieron la conmoción entre los corazones presentes.

Un concejal popular se puso en pie bruscamente y fue hacia ella.

—¿Qué es eso de que lo han secuestrado? ¿Quieres decir que se lo han llevado los terroristas? —la había tomado del brazo mientras hablaba.

—No lo sé, Marcial, no se sabe nada.

—No me jodas, Carmen, algo más y ya sabrás. ¿Cuándo ha sido?

—Aún no me han podido informar de nada. Lo único conocido es que no ha llegado al pleno de Sestaq, que no está en su casa y que no ha tocado el coche.

—Tiene que haber algo más –dijo otro, gesticulando.

—No sé más de lo que os he dicho. Me habéis visto hablar ahora con el gobernador civil. Es todo lo que me ha podido decir.

—¿Quién te ha llamado a ti?

—Joseba Garmendia.

Uno de los ediles del PSOE se levantó y se precipitó hacia los de Herri Batasuna. Los pasos que daba eran violentos, tanto que el primer edil del grupo hacia el que iba se puso en pie y le hizo frente. Estaban cara a cara.

—Ya estáis otra vez, hijos de puta, ¿no nos vais a dejar vivir en paz? –le gritó el concejal socialista.

—Vuelve a tu sitio, Román, y guarda tu puta lengua no sea que vayamos a tener un disgusto aquí mismo –le espetó el independentista a unos centímetros del rostro.

—¿Me estás amenazando? –replicó, echando un paso atrás para separarse de él.

—Ni te amenazo ni nada. Lo que te digo es que si empiezas así faltándonos al respeto, se rompe la baraja y va todo a tomar por el saco. Así que tranquilízate y controla tus modales. Te lo advierto.

—¿Veis? Me está amenazando –buscó las miradas del resto.

—No tenéis ni jodida idea de lo que ha pasado y ya venís aquí a buscar la boca –se dirigía a todos desde la bancada abertzale.

Cuando en este país pasa algo así siempre estáis vosotros detrás. Sois unos criminales –dijo una concejal del PSOE.

—De criminales impunes, asesinos y torturadores está repleto tu partido. Sois los menos indicados para hablar –intervino otro independentista.

Casi todos los ediles estaban ya en pie. Carmen Arregi se plantó en medio de la trifulca.

—¡Vamos a no perder los nervios! –gritó con potencia–. Vamos a comportarnos todos como personas. Hasta el momento no se sabe nada de nada y todas las hipótesis están abiertas –su tono era tranquilizador–. El dispositivo está ya organizado y le están buscando. Ha podido tener algún extraño accidente o cualquier otra cosa. Así que vamos a mantener la cabeza en su sitio. Ahora salimos afuera en calma y ya iremos teniendo noticias sobre la situación. ¿De acuerdo todos? A la salida habrá periodistas y demás; salgamos como es debido y que no trascienda este lamentable espectáculo que acabamos de protagonizar.

La firmeza y determinación de Carmen Arregi puso punto final al enfrentamiento entre concejales. Por su carácter de mujer dura y resolutiva, se había ganado el apelativo de «Aceros Arregi», con el que se la conocía popularmente. El alcalde, Santos Cortázar, delegaba en ella la mayoría de las actuaciones ejecutivas precisamente por ello. Era una mujer de rasgos fibrosos y media melena oscura, que acostumbraba a vestir trajes de chaqueta con falda en tonos recios. Solía llevar pañuelo de seda al cuello, y en ocasiones sobre los hombros, de manera vistosa; disponía de una preciada colección de ellos, algunos muy valiosos.

Se levantó la sesión entre silencios y miradas en las que se mantenían vivas las ascuas del reciente enfrentamiento. El alcalde recordó a Carmen que él tenía una reunión en la Cámara de Comercio a la que no podía faltar.

—Me voy –le dijo Santos Cortázar–. Tengo prisa. Ya me informarás de todo.

—Vete tranquilo –respondió ella.

Ya en la soledad de su despacho, la primera teniente de alcalde de Barakaldo telefoneó a su homólogo de Sestao y quedó con él para comer. Joseba Garmendia era una persona trabajadora y diligente que llevaba a cabo sus tareas municipales con gran responsabilidad, pero que en situaciones de tensión no aguantaba bien el pulso. Carmen Arregi temía que se colap-

sara, de ahí que quisiera hablar con él inmediatamente para que no le superaran las circunstancias y asumiera como era debido las funciones que le correspondían de alcalde accidental mientras se resolvía la desaparición de Patxo Millán.

«Aceros Arregi» era una especie de gabinete de crisis unipersonal en la comarca vizcaína de Meatzalde y Ezkerraldea; a ella acudían los gobiernos municipales socialistas de la zona siempre que aparecía algún problema de consideración en cualquiera de sus ayuntamientos. Cuando surgía algún contratiempo, Carmen Arregi se hacía cargo inmediatamente de la situación y comenzaba a mover sus hilos. Siempre era así. Con la desaparición de Patxo Millán, asumió que también le tocaba a ella actuar. Sentía el peso de una gran responsabilidad que la atañía directamente. Por eso telefoneó a Joseba Garmendia y comieron juntos en el restaurante de Aparcavisa, un complejo de estacionamiento de vehículos pesados ubicado en Trapagaran.

Durante esa comida, Carmen Arregi aleccionó debidamente a Garmendia sobre sus cometidos en el Ayuntamiento a partir de ese momento, y le garantizó una información precisa y actualizada en relación al discurrir de las investigaciones policiales. Percibió que el hombre se sentía más tranquilo, y eso también la tranquilizó a ella, que no quería que se sumaran problemas al ya de por sí dramático momento que estaban viviendo. Tras el postre, el café fue rápido, y seguidamente cada uno regresó a su ayuntamiento.

Los informativos de radio y televisión de la tarde hablaban ya todos abiertamente de «probable secuestro terrorista» y se lo imputaban a ETA. Las diferentes cadenas anunciaban programas especiales para la noche. Hicieron cambios en las programaciones. Arregi advirtió a Garmendia de que no hiciera el más mínimo caso a ningún periodista, e incluso le apuntó que sería mejor que se aislara de todo; ella le iría teniendo puntualmente informado hasta el mínimo detalle.

En su última conversación telefónica con el gobernador civil, Carlos Ortega, justo al final del pleno municipal, Carmen

Arregi quedó en acercarse al atardecer por esa sede gubernamental. Pasadas las siete de la tarde, y tras cerrar algunas tareas en el Ayuntamiento, partió hacia Bilbo. «Ojalá no sea un secuestro», se repetía una y otra vez.

A la salida del ascensor, en el ancho corredor de la planta noble del Palacio de Txabarri, edificio del Gobierno Civil español en Bizkaia, se tropezó con Carlos Ortega, que salía por una puerta.

—Vaya si eres puntual, Carmen –se aproximó a ella y la besó. Eran compañeros de partido desde hacía más de una década.

—Tú también eres muy puntual –correspondió ella con otro beso.

—Te dije a esta hora porque sabía que la reunión terminaría con precisión y así no te hacía esperar –la tomó del brazo–. Vamos al despacho y te cuento.

—Malos tiempos, ¿no, Carlos? –dijo ella como en un doliente susurro mientras avanzaban por el pasillo.

—Sí, muy malos. Pero es lo que hay, y debemos sobrepornernos y estar a la altura de las circunstancias vivamos el momento que vivamos.

—No nos queda otro remedio –en sus ojos brillaba cierta resignación nada propia de Carmen Arregi.

Al pasar por la sala aneja al despacho, Carlos Ortega pidió a su secretaria que les llevara una jarra de café. La muchacha asintió con una breve reverencia de la cabeza, sin pronunciar más palabra que el saludo a la entrada.

—Perdona, Carmen, ¿café, no? –preguntó mirándola.

—Sí, por favor.

—Tráiganos también unas pastas o galletitas o algo para acompañar –dijo dirigiéndose a la secretaria–. Gracias.

Abrió la puerta del despacho y pidió a Carmen que pasara al interior. Era un despacho grande, señorial, digno del hermoso palacio en el que se encontraba. Ventanales en dos caras con acceso a la balconada, artesonado de maderas nobles, for-

midables alfombras. La estancia la presidía una mesa de madera que incluso intimidaba por su tamaño y robustez; a su frente, tres sillas tapizadas con telas aterciopeladas similares a los cortinones. Dos muebles clásicos de baldas ocupaban toda una pared. Había también un cuadro de importante tamaño, un paisaje de Antonio de Gezala; y en unas vitrinas tras la mesa, algunas fotos familiares y otros objetos que también se presumían personales del gobernador civil. Una parte de la estancia estaba habilitada a modo de sala de estar, con tresillo y mesa baja. Allí pidió Carlos Ortega a Carmen Arregi que se sentara. Una puerta que daba a la balconada estaba ligeramente abierta y por ahí entraba como un murmullo el ruido de la circulación de la plaza Elíptica. Al cerrar esa puerta, Carmen notó un ligero aroma a lavanda.

Aún no habían empezado a hablar del asunto que les había reunido cuando entró la secretaria con una bandeja. Sirvió dos cafés y colocó sobre la mesa la bandeja plateada con un recipiente de porcelana con pastas de mantequilla.

En cuanto la muchacha abandonó el despacho, Carmen entró directamente al tema, no aguantaba más.

—Entonces, ¿lo han secuestrado?

—No te puedo responder por el momento a esa pregunta. Hay análisis de coyuntura cruzados con informes policiales que podrían inclinar las hipótesis hacia ese lado. Pero después, del conjunto de informaciones recogidas hasta ahora y que está tratando la célula de crisis, no parece haber datos concluyentes que lo avalen.

Ortega levantó suavemente la taza y se la llevó a los labios con elegancia. Al moverla se expandió un sutil aroma a café caliente.

—Así que podría no ser un secuestro —insistió ella como queriéndose convencer a sí misma.

—O sí —dijo el gobernador civil posando de nuevo la taza sobre su platillo.

—¿Y tú que crees, Carlos?

—La cosa no es lo que yo crea...

—Sí, eso ya lo sé. Pero, ¿a ti a qué te huele?

—Es que no lo sé, te lo digo sinceramente.

—Los medios dan por hecho el secuestro de ETA y han desplegado ya toda su maquinaria a ese respecto.

—Dímelo a mí, que he tenido que decir que no me pasen llamadas de periodistas, sea quien sea.

—Garmendia ha dicho que hay un montón de ellos apostados ante el Ayuntamiento, que lo que han organizado allá parece un campamento.

—Ya. Me lo imagino.

—Hay unidades móviles por las calles, entrevistan a la gente... Joder, Carlos, se comportan como si ya lo hubieran asesinado.

—Ya sabes cómo son, Carmen. Pero por muy carroñeros que sean no podemos quejarnos porque sin ellos la lucha contra el terrorismo no sería posible. Su colaboración no es que sea necesaria, es que es imprescindible; y por ello estamos obligados a llevarnos bien, a tratarlos todo lo mejor que se pueda, aunque en ocasiones no sean más que moscas cojoneras y canallesca.

—Sí, ya sé; como dijera aquel, son unos hijos de puta pero en estos casos, son nuestros hijos de puta.

—Así es, Carmen. Sin ellos no sería posible la batalla contra el terrorismo ni su deslegitimación social. Tú lo sabes bien —ella asintió con la cabeza y una mueca en su rostro.

Carmen se levantó y se colocó ante el cuadro de Gezala. Miraba sin verlo. Estaba tan inquieta que no aguantaba sentada. El gobernador civil la observaba respetando sus segundos de silencio. Tenía sobre la mesita baja una carpeta con todos los datos del caso conocidos hasta el momento.

La mujer se giró, y mientras regresaba al sofá, preguntó de nuevo lo mismo.

—¿Así que podría no ser un secuestro terrorista?

Estaba en esos momentos en los que una persona piensa que, por insistir una y otra vez en lo más favorable, se conjura el pavoroso terror ante lo más desfavorable.

—Yo no he dicho eso, Carmen –tomó la carpeta y la abrió–. Te voy a contar lo que tenemos.

—Sí, a ver si me tranquilizo. He estado todo el día sujetando las riendas de la situación sin mostrar fisura alguna, pero ahora, aquí, ante ti, me siento cansadísima de aguantar así el pulso.

—Es normal. Estas situaciones nos llevan al extremo.

—Por cierto –interrumpió Carmen–, ¿alguien ha hablado con Mariluz?

—Sí, de ella no te preocupes; yo mismo estoy en contacto personalmente.

—¿Cómo está?

—Destrozada.

Carlos Ortega le acarició el rostro separándole el pelo que le caía sobre la cara al haber agachado la cabeza. Ella levantó la vista hacia él, y, con una mirada levemente húmeda, le agradeció el contacto humano que necesitaba en ese momento.

—Vamos a ver, Carmen, te cuento –dijo el gobernador civil–. Lo que sabemos hasta ahora es bien poco. Escucha. Patxo se habría levantado como todos los días y habría hecho lo habitual. La señora de la limpieza...

—Herminia.

Miró el informe.

—Sí, Herminia. ¿La conoces?

—También limpia mi ático.

—Ah, claro. Pues bien, Herminia dice que en la casa no hay nada extraño. Nada está fuera de su sitio forzado... no falta nada.

—¿Ninguna señal de violencia o de forcejeo? ¿Una pelea?

—No, Carmen, todo está en perfecto orden. Herminia asegura que en esa casa no ha pasado nada. Bueno, ni en la casa ni en el garaje. Ahí está también todo como es debido. El yate que usa también está immaculado.

—¿Pasó la noche acompañado?

—Es una pregunta que también le han hecho. Ella dice con absoluta certeza que esta noche la ha pasado solo. Asegura que

siempre que tiene compañía lo sabe perfectamente al día siguiente cuando pasa a hacer la casa. Esta noche ha dormido solo y no ha habido mujeres en casa, ni en la cama ni de paso

—Últimamente, Patxo ha andado muy desmadrado en ese terreno —afirmó ella.

—Yo siempre le he conocido muy golfo.

—Sí, lo es; pero Mariluz lo tenía al menos un poco controlado. Ya sabes, aunque anduviera por ahí de picos pardos, después tenía que volver a casa. Eso le frenaba un poco. Siempre tenía encima la amenaza de Mariluz, de que le dejaba, y esa espada de Damocles hacía que muchas veces se pensara las cosas dos veces. Pero desde que hace dos o tres meses le pusiera las maletas en la puerta...

—¿Se ha venido descontrolando mucho desde entonces?

—No, tampoco es eso; no se puede decir que desde entonces haya andado fuera de control. No, qué va. Tiene una amigueta en Castro...

—Sí, ya ha hablado la Policía con ella.

—Ah, ¿sí? Si te digo la verdad, yo no sé quién es. Tan solo conozco el hecho de que ahora frecuenta mucho a una de sus amigas, eso es todo.

—No nos ha aportado nada relevante. Como tú has dicho, antes de separarse de Mariluz, Patxo y ella se veían de vez en cuando. Después, cuando él se fue a vivir a Castro, la relación ha venido siendo más continua, aunque sin llegar a vivir juntos ni nada por el estilo.

—Así que antes se citaban ocasionalmente y ahora se ven más de seguido.

—Más o menos.

—No han pasado la noche juntos —preguntó Carmen en una afirmación.

—No. Habían quedado para mañana sábado. Dice que en lo que va de semana no se han visto, que Patxo dijo que tenía muchas reuniones. Asegura que la pasada tampoco se vieron más que durante el fin de semana.

—¿También por asuntos de trabajo?

—Sí, eso dice.

—Pues la pasada semana, que yo sepa, no tuvo nada en particular, todo fue rutinario y tranquilo. Tuvimos alguna reunión de nuestro grupito, ya sabes, pero no recuerdo que comentara nada de que tuviera la agenda a tope. Y esta semana, tampoco.

—En fin, Carmen, que la muchacha en cuestión no ha aportado nada relevante.

Carlos Ortega puso la mano sobre la cafetera para comprobar si aún estaba caliente. Le pareció que la temperatura era aceptable y sirvió otras dos tazas.

—¿Dos de azúcar? —preguntó

—Sí, gracias —respondió Carmen.

Dieron dos sorbos al café y devolvieron las tazas a sus platillos.

—Volviendo a la casa —dijo Carmen—, ¿le dio la sensación a Herminia de que se marchara deprisa?

—No. En el mostrador del *office* había una taza. Le preguntaron si el hecho de que no llevara el servicio del desayuno al fregadero o al lavaplatos quería decir algo.

—¿Y qué dijo ella?

—Que no, que es lo habitual, que Patxo jamás recoge nada y que todo lo va dejando donde cae.

—Sí, él es así. Siempre le digo que necesita una c hacha detrás todo el día. Mariluz lo tiene muy mal educado Oye, Carlos, ¿y el garaje?

—Todo correcto —tomó un papel—. Mira, aquí tengo la secuencia temporal que hemos hecho de esta mañana.

Carmen Arregi cogió el documento. El gobernador civil le empezó a explicar.

—Hasta aquí viene todo lo de la casa —señaló una parte—. Es lo que te he contado. Pues bien, todo parece que alrededor de las ocho de la mañana o quizás un poco antes...

—La reunión del grupo municipal era a las nueve y el pleno a las diez.

—Es coherente, saliendo a esa hora iba bien de tiempo incluso parando a tomar un café.

—Es un desastre, pero de impuntualidad no peca nunca.

Carlos Ortega fue indicando párrafos de la secuencia cronológica.

—Se supone que estando ya en el coche recibió una llamada.

—¿Una llamada? Eso no lo sabía.

—Bueno, es un dato confirmado, pero, por el momento, la célula de crisis ha considerado oportuno no informar sobre ello.

—Así que nadie lo sabe.

—Tan solo un círculo muy reducido; pero periodistas ninguno. Así que tú no lo comentas hasta que no lo hagamos público, ¿vale?

—Sí, de acuerdo. ¿Está controlada esa llamada?

—Sabemos a qué hora se hizo desde dónde y cuánto duró. Pero el teléfono desde el que se hizo no es identificable.

—¿Fue una conversación larga?

—No, ni un par de minutos. Si te interesa la duración concreta y la hora exacta, están en el informe.

—No. Era tan solo curiosidad. Tras recibir la llamada, ¿qué hizo?

—Inmediatamente salió del acceso y se le pierde la pista. Hay imágenes de cómo sale al exterior.

—En el interior del garaje no hay cámaras.

—Eso he leído en el informe. Han estado analizando la grabación del exterior y no detectan nada extraño. No hay ningún movimiento que haga pensar que Patxo estuviera en una situación de peligro. Camina tranquilamente.

—¿Llevaba el maletín?

—No, lo dejó en el coche.

—Como iba bien de tiempo, igual le llamó alguien para tomar un café. Eso querría decir que quien le telefoneó era alguien conocido.

—Eso es algo que los investigadores tienen claro. Quien le llamó para que saliera era alguien de confianza...

—Perdona, Carlos, ¿habéis encontrado su revólver?

—Sí, estaba en el interior del maletín, con el otro teléfono.

—Vamos, que queda claro que salió con total confianza porque de lo contrario lo llevaría encima.

—Así es.

—Y le abordaron a la salida.

—Es lo que creemos. Hay quien, desde una ventana, le vio caminando tranquilamente hacia la paralela del paseo, pero una vez que giró el chaflán ya nadie le vio.

—No me jodas que fue abducido —dijo Carmen y volvió a ponerse en pie.

—Te digo lo que hay.

—Perdona, pero es que estoy muy nerviosa. Entonces, por lo que cuentas, o quien le llamó lo hizo para hacerle salir o quien se lo llevó aprovechó la circunstancia.

—Todo indica lo primero, Carmen. No resulta verosímil que los secuestradores estuvieran en los alrededores esperando al azar. Sabemos que eso no funciona así.

—¿Quiere eso decir que lo han secuestrado conocidos? —Carmen Arregi no acababa de salir de su asombro. Lejos de tranquilizarse, la inquietud era cada vez más asfixiante. En algún momento se sintió al borde de un ataque de ansiedad.

—No, no quiere decir necesariamente eso. Hacia lo que se inclinan los investigadores es que o bien alguien se hizo pasar por un conocido o emplearon alguna treta para hacerle salir al exterior sin levantar su sospecha. Los especialistas dicen que perpetrar un secuestro en ese subterráneo entraña una gran dificultad, de ahí que habrían optado por hacerle salir y cogerle en la calle.

—Me estoy poniendo muy nerviosa, Carlos. Esto cada vez me parece más confuso.

—Hay otro detalle preocupante, Carmen.

—¿Más? —se introducía los dedos en el cabello.

—Bueno, en el mismo sentido.

—¿Qué es?

—Se ordenó el rastreo de la zona donde desapareció y hace un par de horas se ha localizado su móvil en una alcantarilla.

—No me jodas, Carlos. Es evidente que es un secuestro terrorista. ¿Qué más datos necesitamos?

—Lo peor en estos casos es precipitarse, lo sabes. Se trabaja sobre esa hipótesis principal, pero los expertos de la célula de crisis barajan también otras posibilidades.

—¿Otras posibilidades? ¿Qué coño quieren más? A mí me parece que está clarísimo. Le engañaron para que saliera a la calle y allá se lo llevaron.

—Correcto. Hasta ahí bien, Carmen. Ahora hay que optimizar todos los resortes de información para comenzar a tener datos de peso que nos hagan inclinar la balanza hacia un lado concreto.

—Es que no lo entiendo, ¿quién se lo va a llevar si no son los de siempre? —preguntó con rabia.

Carlos Ortega se levantó y abrazó a Carmen Arregi. Estuvieron unos segundos así. Luego, él se separó lentamente de ella, la tomó de la mano e hizo que se volviera a sentarse en el sofá. El gobernador civil llamó a la secretaria, que se presentó de inmediato.

—Laura, gracias. Hágame el favor de traerme una de esas pastillas que tomo yo para el estrés.

La muchacha regresó en un minuto con una cajita de pastillas y un vaso de agua. Carmen tomó una. La secretaria abandonó el despacho. Carlos Ortega continuó hablando.

—Vamos a ver, Carmen. Hay una línea de investigación fundamental partiendo de que la desaparición ha ya sido forzada. Por ahí va el trabajo de la célula de crisis Pero, dime, así entre nosotros, ¿habría alguna posibilidad de que la desaparición hubiera sido voluntaria?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué Patxo se hubiera fugado?

—No exactamente así; pero bueno, algo parecido.

—¿Por qué lo preguntas? —Carmen lo miraba muy fijamente.

—Por nada en particular, pero ya te he dicho que aunque la célula va por el asunto del secuestro terrorista, también se ha puesto sobre la mesa el que se hubiera marchado por su cuenta.

—Carlos, por favor, ¿cómo va a hacer eso? —lo dijo en un tono de amargo abandono.

—No lo sé, te lo pregunto.

—Es alcalde de su pueblo, vive a todo tren, tiene todo lo que quiere...

—Igual por eso, porque lo tiene todo y le ha dado la calladura de hacer otra vida.

—No, hombre, Carlos, eso solo pasa en las películas. Aquí estamos en la vida real. ¿A dónde iba a ir?

El gobernador civil cambió de postura en el sofá y se aproximó un poco más a Carmen. Daba la sensación de que fuera a hacerle una confidencia.

—Siguiendo el protocolo habitual en cualquier caso de desaparición, se ha estado mirando si se han usado sus tarjetas cheques y demás; ya sabes, si se ha sacado dinero de cajeros o en sucursales, cosas de esas. Se ha hecho un rastreo preliminar sobre cuentas y movimientos, propiedades...

—No entiendo por qué se meten en eso No tienen ningún derecho —interrumpió Carmen, sorprendida por lo que estaba oyendo y muy enfadada. Hizo incluso un gesto de redazar la proximidad física con Ortega.

—Verdaderamente no es meterse en nada, es tan solo para realizar un informe muy básico sobre su estado económico y propiedades. Ten en cuenta que oficialmente y por el momento Patxo es un desaparecido. Así que en las primeras horas se siguió el protocolo habitual para estos casos.

—Pero es un alcalde nuestro, por Dios, Carlos. No me jodas, ahí no se puede andar metiendo la nariz sin ton ni son —insistió Carmen mientras se movía inquieta en el sofá pero sin acabar de levantarse.

Ortega le tendió su mano hacia el hombro.

—Venga, Carmen, estate tranquila.

—¿Cómo quieres que esté tranquila con lo que me estás diciendo?

—No te preocupes, ya he parado todo eso y he dado orden de que cualquier acción sobre ese asunto la llevaría yo personalmente.

—Es que no es así, Carlos...

—Que no pasa nada, Carmen, tranquila. Te aseguro que esa investigación ha quedado bloqueada.

Carmen se pasaba las manos por la cara y se masajeaba la frente. En los últimos minutos se le había cambiado hasta el tono de la piel de su rostro, que ahora reflejaba una luz más lívida.

—¿Han sacado algo de ahí? —preguntó, sin poder dejar a un lado la preocupación porque la investigación hubiera transitado aunque solo fuera superficialmente por ese terreno.

—No, nada —respondió Carlos Ortega—. Como bien sabes, es insignificante lo que figura como patrimonio de Patxo. En ingresos no tiene más que el sueldo del Ayuntamiento. En propiedades, el piso familiar de Sestao, que es de herencia y compartido con sus hermanos. La otra casa, la conyugal, está a medias con Mariluz. Tan solo hay un coche a su nombre, que es el Renault que tenía antes de ser alcalde...

—Ya sé todo eso que me cuentas —cortó Carmen Arregi.

—Y sabes que ello contrasta escandalosamente con el ritmo de vida de Patxo. Bueno, no solo de Patxo...

—Vale, Carlos, muy bien, déjalo —se la veía profundamente contrariada con la conversación—. Lo que no sé es adónde quieres llegar con esto.

—Pues quiero llegar a que si hubiera pensado en darse el bote y lo hubiera preparado con un mínimo de antelación, sería imposible localizarle. Te digo esto a ti y a nadie más porque sé que andas con él, que andáis con él en todas esas historias...

—¡Eh! Quieto por ahí —levantó la mano derecha—. Ahora no me vas a dar clases a mí de ética, ¿no, Carlos? Son muchos

los años que llevamos en esto y sabemos bien por dónde navegamos cada uno, así que en este capítulo no me vengas poniendo carita de santo porque aquí el más tonto hace relojes Dime adónde pretendes ir con esto y acaba.

Carmen Arregi se levantó bruscamente del sofá.

—No creo que sea para ponerse con esa agresividad.

—Sabes que soy así; pues vete al grano y no me andes con sutiles reproches.

—En fin, contigo no se puede –suspiró. Ella ni le miraba—. Lo que venía a decirte es que si hubiera querido marcharse no habría forma de encontrarle. Lo digo para que lo sepas Sabes las amistades que tiene y no le habría sido para nada difícil tener acceso a una nueva identidad absolutamente ilocalizable y legal. Podría estar reconstruyendo su vida como otra persona en cualquier lugar del mundo y viviendo como un jeque.

—Patxo no se ha ido, joder. A Patxo lo han secuestrado los terroristas –afirmó tajante y levantando la voz. Se movía por el despacho.

—Solo te he hablado de una hipótesis que ha aparecido.

—Esa hipótesis no es ni planteable, y confío en que estés ahí para que a nadie se le ocurra ponerse a meter la nariz donde no debe –estaba casi fuera de sí y le señalaba una y otra vez con el dedo al gobernador civil.

—Dalo por descontado –dijo, y pidió a Carmen que se sentara.

—Aunque ese tema concreto podría afectar a nuestra nave particular en la Margen Izquierda, todos formamos parte de la misma flota, y si por una estupidez zozobra un barco, nos hundimos todos. Lo sabes bien, ¿no? Pues vamos a ponernos las pilas. Te lo advierto.

Las palabras de Carmen Arregi ante el gobernador civil sonaban a una amenaza de cuyo calado él era consciente.

—Has sacado las cosas de quicio –replicó.

—¿Yo? Anda no me jodas Carlos. Tú has sido quien sutilmente ha metido el tema de nuestro nivel de vida; y ya sé por dónde vas.

—No era un reproche, Carmen, por favor –trató de acercarse a ella, pero le rechazó.

—Pues a mí así me lo ha parecido con eso de plantear que Patxo puede vivir como un jeque...

—Vamos a dejarlo, Carmen. Estás demasiado alterada.

—¿Cómo no voy a estarlo si han secuestrado a Patxo y me estás planteando chorradas? –levantó nuevamente la voz.

—Venga, tranquilízate. Te garantizo, te doy mi palabra de que nadie va a meter la nariz en los asuntos económicos de Patxo. Olvídate de eso. Nadie meterá el morro donde no debe. Comprendo perfectamente tu preocupación y sé lo que nos jugamos todos en ello...

—Que se te grave bien, si no, vamos todos al mismo puchero.

—Descuida, lo sé –logró poner su mano derecha sobre el hombro de ella–. Estaremos en contacto y te iré contando cómo van las investigaciones.

Los dos se pusieron en pie y se fundieron en un abrazo. Se dieron un beso de camaradas. Luego, el gobernador civil la acompañó hasta el ascensor. Antes de que se cerraran las puertas automáticas, se dieron dos besos de despedida.

Caía sobre las calles de Bilbo un tenue sirimiri que convertía el asfalto en un extraño espejo de luces de colores distorsionados. El ambarino de las farolas, el blanco de los focos de los coches, el rojo de los pilotos traseros... Todo ello rebotaba en la humedad y penetraba dolorosamente en las retinas de Carmen Arregi. Conducía por inercia; de surgir un imprevisto en la calzada, no estaría en condiciones de salir airoso de él. La lluvia también estaba presente en sus ojos, aunque se tragaba los sollozos. Su carácter de mujer dura le permitía sujetar con firmeza los mecanismos del llanto. Aun así, alguna lágrima escapaba de su control y no podía retener su fluir por la mejilla más que secándosela con el antebrazo de la chaqueta. Muchas veces había pensado en la posibilidad de una muerte en atentado, la de un cercano o incluso la suya propia. Se ponía en situación y recreaba en la mente semejante eventualidad

para que el día en que sucediera el golpe mortal no la colapsara. Sin embargo, jamás había imaginado un secuestro.

Dando vueltas a esos pensamientos circulaba por la autopista de regreso a su domicilio, y al pasar bajo el indicador de Sestao giró por sorpresa el volante y cogió esa salida. El fantasma del secuestro atormentando su cabeza le había hecho adoptar una decisión insospechada. Por eso tomó de forma instintiva esa salida.

Carmen Arregi sabía que la cocina y la sala de estar así como la habitación principal daban a la Gran Vía, por lo que le sería fácil saber si estaba en casa o no. Era suficiente con comprobar si alguna luz estaba encendida. De ser así, subiría. Si las luces estuvieran apagadas, esperaría en la cafetería Gran Vía tomando una infusión. Un fuerte sentimiento intuitivo le hacía tener el convencimiento de que esa noche él iría a cenar a casa.

Al pasar bajo las ventanas vio luces encendidas. Giró al pasar la manzana buscando aparcamiento, y allá a la vuelta lo encontró. Apenas llovía y la goma de los limpiaparabrisas producía un molesto gemido como de dolor. Apagó las luces y el motor y, antes de salir, llamó por teléfono a su marido para decirle que estaba bien pero que aún tenía cosas por hacer que en cuanto acabara regresaría directa a casa. Le mandó un beso por el móvil, insistió en que se encontraba bien y salió a la calle. Miró a todos los lados y cerró el coche. Una cuadrilla pasaba de una taberna a otra, una pareja caminaba de la mano y varias chicas y chicos con bolsas de deporte se acercaban a lo lejos.

Carmen no tuvo que tocar el timbre del portero automático porque la puerta seguía teniendo un ligero desenganche que hacía que con un pequeño golpe seco se abriera en la mayoría de las ocasiones. En años no lo habían arreglado. Así que empujó y se abrió. Ella conocía muy bien aquel portal espacioso y las escaleras, aunque hacía algún lustro que no las había subido. Tiempo atrás, cuando empezaron en el partido y se metieron de lleno en la vida política, todos los viernes organizaban

una cena en la casa de Patxo Millán. En la velada se juntaban compañeros socialistas que con el paso del tiempo se fueran haciendo con cargos orgánicos e institucionales. Todos eran muy jóvenes; ella, un poquito más mayor. Subiendo una a una aquellas escaleras de piedra oscura, iba recordando como en un plano secuencia cómo eran ellos entonces y adónde habían llegado con la política. Esa feliz evocación de un tiempo de sus vidas plenamente satisfactoria se sajó de raíz al llegar a la imagen recreada de un Patxo Millán saliendo de la urbanización y siendo abordado por unos desconocidos. La idea del secuestro, de lo que en esos momentos estaría pasando Patxo, le produjo un escalofrío que le hizo retener el paso.

Cuando aquellas cenas de viernes de jóvenes políticos, Carmen subía al quinto piso sin ascensor sin el más mínimo jadeo. Era joven e ilusionada, había muerto Franco, y los proyectos más que peso sobre los hombros le aportaban ligereza. Ahora se detuvo en el cuarto. No era para descansar. Tomó aire. Apretó los dientes. Pulsó el timbre de una de las puertas. Unos segundos después, se abrió.

—Bueno, bueno; «Aceros Arregi» ante mi morada. ¿A qué debo el honor de ser visitado por tan ilustrísima señora?

—No vengo con ganas de cachondeo, Unai, ni tampoco para quedarme aquí hablando en el descansillo.

—Pasa, pasa. Cualquiera te pide a ti la orden judicial de entrada.

Dejó franca la puerta y Carmen pasó al recibidor. Se escuchaba el susurro de una televisión encendida a bajo volumen.

—Esta casa es igual que la de arriba —dijo Unai Artola— así que la conoces perfectamente. Pasa a la cocina o a la sala, donde más te plazca.

—Mira, Unai, no voy a andar con rodeos porque hoy no tengo el cuerpo para fiestas —seguía plantada en el recibidor.

—Me vienes a hablar de Patxo —dijo él.

—Vengo a preguntarte dónde cojones le tenéis secuestrado —le espetó a quemarropa.

—Eh, Carmen, para, quieta ahí. A mí no me vengas así, ¿eh?

—Que no te venga ¿cómo? Te vengo como me viene en gana.

—Estás en mi casa, y si no te diriges a mí con el respeto debido, te echo a la puta calle a la voz de ya. O llamo a los *municipas* y se lo explicas a ellos.

—Venga, llámalos y así que estén de testigos.

—Que nos conozcamos de años no te da derecho a presentarte aquí de esta manera. No te lo voy a repetir más veces. Si quieres hablar conmigo de algo, pasa a la sala, te sientas y charlamos; pero como personas, y no como una energúmena. Parece que te has metido algo.

—Te lo vuelvo a repetir. No he venido a hablar, he venido a que me digas dónde tenéis a Patxo y acabamos con esto rápido.

—Si eso es a lo que vienes ya estás perdiendo tiempo para irte porque te has equivocado de ventanilla.

Carmen entró a la sala. Casi le empujó al pasar.

—Sé perfectamente a adónde he venido —dijo ella.

—Yo creo que no.

—Vosotros os habéis llevado a Patxo.

—No sé a quién te refieres con ese «vosotros».

—Lo sabes muy bien, en este país sois vosotros los terroristas y sus cómplices los que hacéis la vida imposible a la gente de bien. Sois una pandilla de criminales.

—Si quieres ver criminales en esta casa, te dejo un espejo y te miras.

—¡No me faltes al respeto!

—Eres tú la que lo está haciendo. No te lo voy a decir más veces, Carmen, y lo hago por la amistad que creo que seguimos teniendo a pesar de los pesares. No tengo ni puta idea de lo que me estás hablando.

—Pero sabes que han secuestrado a Patxo, ¿no?

—Sí, con la vara que están dando los medios es imposible no saberlo. Efectivamente, he oído que Patxo ha desaparecido, ¿y?

—Desaparecido no. Vosotros lo habéis secuestrado.

—Eso ya es mucho decir.

—Es lo que es. Todos los pueblos vascos están llenos de chivatos vuestros que siguen nuestros pasos segundo a segundo...

—Es cojonudo que hables de chivatos cuando vosotros tenéis miles de individuos armados hasta los dientes para mantener por la violencia a Euskal Herria dentro de vuestro repugnante Estado.

—Es un Estado democrático y de derecho...

—Si fuera democrático respetaría la voluntad de los ciudadanos vascos y no los sometería con represión y tortura...

—¡Cómo os habéis podido llevar a Patxo, joder! —alzó la voz—. Ha sido tu amigo durante años Su hermano y tú fuisteis inseparables desde niños, ibais de una casa a otra como si fuerais verdaderamente familia...

—¿Qué me estás contando, Carmen?

—Hasta fuisteis del mismo partido marxista-leninista, no me jodas, Unai.

—Yo era de las juventudes, Patxo es mayor que yo. Pero ya no es el que era entonces. Desde que se juntó con vosotros los *sociatas* y empezó a pillar cacho, sus intereses han ido por otros derroteros. Si te soy sincero, Carmen, para mí Patxo es un traidor por partida doble, porque ha traicionado a su pueblo y a su clase. La gente así me da asco.

—¿Por eso lo habéis secuestrado?

—Joder, Carmen, ¿cómo quieres que te explique que no tengo ni puta idea de ese asunto? Además, perdona que te diga, pero basura periodística he oído mucha en estas últimas horas y datos fehacientes ninguno. Si dejas a un lado todo lo que es manipulación y tomas únicamente lo que es información, yo no veo ahí la mano de lo que tú dices. No sé, quizás tú tengas otro tipo de datos reservados que apunten a lo contrario, pero yo me atrevería a decirte que no creo que haya sido ETA.

Carmen Arregi se dejó caer en uno de los sillones de la sala de estar. Lo hizo pesadamente. En la televisión había un concurso. Ella miró a un lado y a otro de la habitación. Al suelo .

Al techo. No podía detener el discurrir desordenado de su mirada. Unai Artola permanecía ante ella. En silencio Era como si después de una galerna el mundo hubiera quedado en el vacío.

—Te voy a traer un poleo-menta porque no me atrevo a darte un café —dijo Unai, y salió hacia la cocina.

Unos minutos después regresó con una vasija de porcelana blanca para infusiones y un par de tazas del mismo juego. Volvió a la cocina y retornó con el azucarero. Se sentó.

—Y si no lo habéis secuestrado vosotros, dime, ¿quién cojones, si no, hace cosas así en este país?

—Y dale bola con ese insultante «vosotros». Anda, tómate el poleo y relaja.

—Dime, ¿quién si no? —Carmen Arregi insistía.

—Tú sabrás en qué trapicheos andáis metidos.

—¿Qué me estás queriendo decir? —inquirió Carmen, gesticulando.

—Te digo lo que uno ve y escucha, que seguro que es muchísimo menos de lo que verdaderamente ocurre. Estuve una legislatura en el Ayuntamiento, así que algo de idea de los tejamañes de Patxo y, por extensión, de «vosotros», ya tengo —la señaló al pronunciar el *vosotros*.

—¿De qué estas hablando? —dejó la taza sobre la mesa de la salita.

—Lo sabes bien, Carmen. Te hablo, por ejemplo, de la privatización de áreas municipales y toda esa maraña de empresas y demás que se han ido haciendo cargo de todos los servicios del Ayuntamiento y que, curiosamente, son siempre las mismas. Y si nos ponemos a hablar de contratos de obras y de los concursos públicos amañados... Joder, Carmen, pero si hasta entre los coches que usáis están esos GolfGTI rojos con matrículas casi correlativas; es comentario público qué empresa os los regaló. A la urbanización de unifamiliares de Trapagaran en la que vivís la gente la llama «el frente socialista»... Sé que eres lo suficientemente cauta como para no entrar a discutir esto que digo porque te conviene más estarte calladita.

Carmen Arregi no separaba sus labios ni para respirar. Estaba bloqueada. Nunca antes nadie le había planteado las cosas así; todo de seguido, directo y frente a frente. Unai Artola siguió hablando.

—Todo el mundo que está más o menos alrededor de vosotros sabe que el conductor del presidente regional de vuestro partido es el que mueve los maletines. Saca de paseo al viejo a que tome el aire y salude a su tropa como un patético mariscal moribundo y, mientras tanto, hace recaudación. Esto es de dominio público a ciertos niveles, Carmen; y si no lo creías así, ya te lo digo yo.

—Me estás hablando de cosas que no vienen a cuento.

—No sé si vendrá a cuento o no pero yo te lo recuerdo por si te ilumina algo.

—¿Qué me estás queriendo decir, que ha sido alguien nuestro quien le ha hecho desaparecer? —hizo la pregunta y se asustó por haberla pronunciado.

—Yo no quiero decir nada —levantó las manos—; no soy como vosotros, que enseguida criminalizáis lo que os viene en gana. Tú sabrás, Carmen, a qué escala os montáis los trapicheos.

—Te estás pasando de la raya —el tono fue amenazador.

—Supongo que te acordarás de lo del compañero de vuestro partido que también desapareció. No se creyó lo del suicidio ni el cura que ofició el responso...

—Estás hablando bastante más de lo debido —le advirtió, apuntándole con el dedo índice.

—*Omertà*, que dicen los mafiosos, ¿es así?

—Ahora eres tú el que me está faltando gravemente al respeto y no te lo voy a tolerar.

—Vamos a ver, Carmen; tú conoces a Patxo mucho mejor que yo y sabes que es un jodido macarra. Con un traje carísimo, eso sí, pero un puto macarra.

—¡Cállate!

—En los últimos tiempos no es precisamente amigos lo que ha estado haciendo. ¿Sabes lo de Sebastián? Seguro que sí.

—¿Qué Sebastián? —quería acabar con la conversación, pero había algo que se lo impedía.

—Sebastián, el contratista. Es también de vuestro partido.

—¿Qué pasa con él?

—Pasa que apalabró con Patxo las obras de unas calles, creo que por Markonzaga. Ya las conoces. Le dijo lo que tenía que poner en la plica. El hombre, al dar por hecho que el contrato era suyo, buscó a varios currelas más e incluso compró alguna máquina. Pero el concurso se lo dieron a una de las empresas habituales y no a él. Te puedes imaginar el mosqueo de Sebastián. La semana pasada le estaba esperando a Patxo en el aparcamiento subterráneo de la plaza del Casco para pedirle explicaciones. Patxo salió del coche y sin mediar palabra le dio una paliza al viejo de miedo. Subió al Ayuntamiento dejándolo allá tirado y fue directo a los *munipas* a denunciarle por agresión.

—¿Se puede saber a qué viene esto?

—Viene a que Patxo va así por la vida. A veces las prepotencias tropiezan con alguien más chulo. Justicia poética, lo llaman.

—Cuéntame lo que quieras, Unai. En este país no hay más puta camorra que la vuestra, y cada vez tengo más claro que lo habéis secuestrado vosotros.

—Nosotros haremos las cosas bien o mal, pero las hacemos por Euskal Herria, mientras que vosotros no veis más allá de vuestros bolsillos y os lleváis por delante lo que haga falta para tener más y más; vuestra codicia no tiene límite, Carmen. Si alguien os estorba, no dudáis en quitarlo de en medio. Eso sí que es mafia. Y ya sí nos ponemos a hablar de guerra sucia...

—¡Putos terroristas!

—Pretendía ayudar, pero ya veo que no lo he logrado.

—Esto lo vais a pagar. Y tú también, Unai, porque eres de la misma calaña —se puso en pie como un muelle y le gritaba a la cara.

—Hala, vete ya de mi casa a ladrar a la puta calle —se dirigió al hall y abrió la puerta exterior—. No sé cómo cojones se me ha ocurrido dejarte entrar en mi casa. Te aseguro que en esta oca-

sión no le deseo nada malo a Patxo, pero lo que sí espero es que llegue pronto el día en que salga a la luz toda vuestra jodida mafia política y os pudráis en la cárcel. A unque me extraña, porque sois un Estado de alimañas, y perro no come perro.

—¡Malnacidos! –gritó Carmen Arregi apuntándole con el dedo, casi tocándole la cara, mientras salía.

—Vete a la mierda, tú y todos los tuyos. Corrompéis todo lo que tocáis.

—¡Asesinos! –gritó sin mirarle mientras bajaba las escaleras

—Vuestro país es el que ha sembrado muerte y destrucción allá por donde ha pasado a lo largo de la historia –respondió Unai antes de cerrar la puerta bruscamente pero sin golpe alguno contra el marco.

Carmen Arregi se detuvo en el hueco de los buzones del portal. Estaba muy alterada. En las últimas horas había perdido los papeles en varias ocasiones y eso no era propio de ella. No volvió a pulsar el interruptor cuando se apagó la luz de la escalera. Se quedó en la oscuridad tratando de controlar su respiración acelerada. Cuando había tenido el impulso de ir a hablar con Unai Artola no previó que pudiera ocurrir algo como lo sucedido. También era cierto que no lo había pensado detenidamente, que fue un arranque irreflexivo; pero desde luego que las cosas no se habían desarrollado como ella hubiera deseado. ¿Qué buscaba con ello? Tampoco lo sabía. Era evidente que Unai no le diría nada aun en el caso de que lo tuviera escondido en su propia casa. Así pues, ¿por qué lo había hecho? Era estúpido buscarle explicaciones a un impulso. De cualquier forma, todo se le había escapado de las manos desde el primer segundo. ¿Y el final del incidente? No quería ni pensar en ello. Definitivamente, había sido un gran error el irrumpir en la casa de Unai. Es más, si él tuviera algo que ver en el asunto, lo único que habría conseguido era empeorar la situación de Patxo. Así pensaba Carmen Arregi. Cuando contara el episodio, evitaría referirse al enfrentamiento; se limitaría a decir que había ido a hablar con Artola por ser un cono-

cido miembro del movimiento abertzale en la localidad y que se había lavado las manos. Pero, ¿y todo eso que parecía saber Unai sobre las empresas contratadas por los ayuntamientos? Se le volvió a acelerar la respiración.

Carmen Arregi miró la esfera luminosa de su reloj en la oscuridad del hueco de los buzones. Había pasado demasiado tiempo pero al menos se sentía más tranquila. Debía volver inmediatamente a casa. Primero llamaría al teléfono privado del gobernador civil y luego al alcalde de Barakaldo y al accidental de Sestao para darles a estos dos el último minuto de información. Quedarían para comer con el resto del grupo al día siguiente. No, rectificó, mejor para cenar, porque aunque fuera sábado tenían una agenda muy apretada y debían cumplir los compromisos municipales a pesar de las circunstancias. «Los terroristas no pueden marcarnos la agenda», pensó.

Se acercó a la puerta del portal y antes de salir hizo las llamadas. En los cursos de seguridad siempre les repetían que no hablaran por teléfono en el coche aparcado porque se convertían en un blanco muy fácil. Antes había cometido un error garrafal cuando había hablado con su marido.

El delegado gubernamental le dijo que no había novedad alguna y convinieron en volver a contactar a primera hora de la mañana. Las conversaciones con Santos Cortázar y Joseba Garmendia también fueron breves. Quedaron para volver a hablar por la mañana, y a cenar todos los del grupo en el restaurante del polideportivo de Sestao.

Salió a la calle y como un autómatas fue hacia su coche. Diez minutos después estaba ya junto a su marido e hija en el domicilio familiar de Trapagaran. Estaba desfallecida. Mientras ella tomaba una ducha rápida, su esposo preparó la cena. Cenaron los tres, y después, al tiempo que la pareja ponía una película de vídeo para desconectar, la hija se preparó y salió a disfrutar de la noche del viernes en Portugalete. Carmen la vio marchar deseando poder retornar a la edad de su hija para salir a gozar despreocupadamente de la vida. Ahora le era imposible.